

Manuel Mujica Lainez

EL ARTE DE VIAJAR

ANTOLOGÍA DE CRÓNICAS PERIODÍSTICAS
(1935-1977)

Selección y prólogo de Alejandra Laera

Un hombre de mundo

Alejandra Laera
(fragmento)

En una entrevista de los años setenta, Manuel Mujica Lainez (1910-1984) cuenta que, siendo adolescente, su padre les dio a elegir a su hermano y a él entre vivir en Europa o en Buenos Aires. Era mediados de la década de 1920: Mujica Lainez vivía con su familia en París desde hacía varios años, había pasado una temporada en Londres y ahora tenía la oportunidad de regresar a la Argentina. Sin dudarlo, contesta que quiere quedarse en Europa, porque le parece un mejor lugar de difusión para su obra si quiere ser escritor; en cambio, su hermano prefiere volver. Mujica Lainez termina la anécdota con una ironía: mientras su hermano vive en los Estados Unidos desde hace más de veinte años, él eligió quedarse en la Argentina. ¿Por qué lo tachan de extranjerizante, se pregunta, frente a los latinoamericanos que son la “esencia” de su país pero que sólo pueden vivir en el exterior?

La anécdota pone en evidencia no sólo la convicción temprana de Mujica Lainez acerca de su vocación, sino también su percepción del mundo y los modos de moverse en él. Si desde muy joven el futuro escritor detecta la relación entre las letras y la geografía, o sea que no es lo mismo ser escritor en París que en Buenos Aires, después probará las maneras de convertirse, desde la periferia, en un escritor universal, o sea a través de los viajes, de la elección de temas para sus narraciones, de las traducciones a diversas lenguas. La anécdota muestra, en definitiva, que desde la infancia hasta la vejez, desde sus deseos de ser escritor hasta su presente de escritor consagrado, Mujica Lainez es un *hombre de mundo*. Aunque haya optado por la Argentina

como lugar de residencia -primero con su casa en el tradicional barrio porteño de Belgrano y más tarde con su finca El Paraíso en las sierras de Córdoba-, Mujica Lainez nunca abandona la costumbre de viajar. Periódicamente, y cada vez con mayor frecuencia, realiza extensos viajes por Europa y también visitas a Asia y al resto de América. En esos viajes, nunca actuó como un turista común; siempre se comportó como un escritor viajero. No sólo encontraba en ellos materia para sus narraciones (la localidad de Bomarzo y su parque de los monstruos en la novela homónima, o Toledo y sus alrededores en *El laberinto*), sino también la posibilidad de diseñar mejor su figura de escritor. De ser cronista de la posguerra en Europa pasó a ser representante cultural de la Argentina a mediados de los años cincuenta, hasta convertirse, poco después, en una suerte de embajador de su propia obra. A lo largo de ese itinerario, Mujica Lainez -Manucho, como casi siempre lo llamaban- conoció a importantes personajes del arte y la política, dio entrevistas y conferencias y asistió a reuniones, banquetes y homenajes. Una carta de 1979 escrita a un amigo desde su finca El Paraíso, muy próximo a realizar otro largo viaje por Europa, anticipa algo de la rutina del escritor viajero: "Me ha escrito Alberto Manguel, anunciándome que en esa época aparecerá la edición inglesa de *El unicornio*, al tiempo que me indica las ventajas de mi presencia para el periodismo, televisión, etcétera".

Cuando hacia el final de su vida preparó sus *Placeres y fatigas de los viajes* -cuyo primer tomo se publicó en 1983 y el segundo póstumamente, el mismo año de su muerte- mostró a pleno su faceta de viajero y cómo su trayectoria estuvo jalonada por los viajes. Si bien era sabido que Mujica Lainez pasaba largas temporadas en Europa, si bien conocía países muy diversos, si bien era posible leer algunas de sus impresiones de viaje en las páginas del tradicional diario *La Nación*, la reunión de esas "crónicas andariegas" -según reza el subtítulo del libro- da una imagen más completa del escritor y de su relación con el mundo. Sin embargo, Mujica Lainez escribió, además de las incluidas en *Placeres y fatigas...*, muchísimas otras crónicas. Lo hizo durante unos cincuenta años, desde 1935 hasta poco antes de morir, colaborando con ellas en *La Nación*, ya sea por un encargo periodístico en su carácter de cronista, como parte de su contrato laboral con el diario o como colaborador especial una vez obtenida la jubilación. En definitiva, todas las crónicas de viaje de Mujica Lainez tuvieron su origen en la actividad periodística; de allí que combinen el placer estético del viaje que sus observaciones mundanas nunca abandonan con el hecho de saber para qué y para quiénes se escriben esos relatos.

Ya consagrado, libre de la instancia periodística y en el umbral del fin de su carrera, el escritor viajero -el mismo que se mueve en el mundo como lo hace en su casa- realiza una selección de esas cientos de

crónicas que quedaron dispersas en las páginas del diario a lo largo de casi cincuenta años y, con la publicación de los “placeres y fatigas”, cierra un itinerario que había comenzado, mucho antes, en la niñez y la adolescencia.

* * *

La organización de *El arte de viajar* responde a las dos figuras mejor delineadas como escritor de textos de viaje de Manuel Mujica Lainez: el cronista y el viajero.

A fines de los años cincuenta se produce un desplazamiento que, más que estar anunciado en crónicas anteriores, se deja ver entonces con mayor claridad. Por eso, aunque las crónicas aparezcan ordenadas en el tiempo ello no se debe a un criterio cronológico, sino a que ambas figuras se suceden la una a la otra; hay zonas de contacto y superposiciones, es cierto, pero sobre todo distinciones que pueden rastrearse en diferentes niveles (en la elección de lugares, en la escritura y en la publicación, entre otros). Tampoco se ha seguido un criterio espacial: los países, las ciudades, los pueblos, aparecen una y otra vez en la mayoría de los casos, pero en ocasiones el viaje se singulariza: se visita una vez para ya no volver.

En cambio, la posición que asume Mujica Lainez ante cada viaje sí permite ordenar desplazamientos e itinerarios, como si el arte de viajar fuera tal porque el viajero es, siempre, un viajero que escribe. En definitiva, es en las figuras del cronista y del escritor viajero, y en el juego de tiempos y espacios en el que se mueven, donde se diseña progresivamente el nombre del autor y donde se delinea su trayectoria.

El cronista en tiempos turbulentos (1935-1955)

El cronista es, en Mujica Lainez, aquel que atraviesa espacios intentando acortar las distancias, pero es también, sobre todo y por las particulares coyunturas en las que realizó sus primeros viajes, aquel que se ve enfrentado, siempre, a la necesidad de dar cuenta de tiempos difíciles. La Alemania nacionalsocialista en 1935, el final de la Guerra del Chaco en la misión a Bolivia de 1938, la China invadida o el Japón en guerra inminente en 1940, la posguerra europea en 1945 y la londinense también en 1948. La guerra, en el pasado reciente o en el horizonte cercano, atraviesa todos los itinerarios y produce efectos en cada espacio, cada situación, cada personaje.

Como enviado periodístico, en esa etapa de su vida en la que el cronista también se está haciendo escritor, Mujica Lainez debe testimoniar, precisamente, lo que ocurre en esos tiempos difíciles atravesados por las guerras. Y lo hace combinando el deber con el placer, como en la China, o buscando el placer en el deber, como en el Londres o el París de la posguerra. Así, en estos viajes despunta, entre la reflexión que se pretende y la aventura que se evita -para retomar las definiciones propuestas por Jorge Monteleone-, la noción de viaje como espacio del deseo y a la vez como zona de ensueño. Por eso, las artes, la literatura y la sociabilidad mundana no dejan de estar presentes - como vestigio, como datos o como anuncio- ni aun en los recorridos más turbulentos.

El viajero de tierras inmemoriales (1955-1977)

Si algo cambia en los recorridos emprendidos a partir del “Viaje europeo” de 1958 es que la búsqueda de los placeres del viajero, aquello que configura todo un *arte de viajar* en Mujica Lainez, ya no está supeditada a los deberes del cronista sino que resulta pura elección del escritor. Sólo que no es ese itinerario clásico -como bien lo describe Monteleone- “con largas estancias en ciudades-museo, donde el viajero se satura de obras de arte”. Así como los itinerarios se expanden con un criterio guiado por la curiosidad antes que por el encargo, también Mujica se instala cómodo en la Historia y busca viajar en el tiempo, como si se desplazara hacia el pasado (los orígenes, los comienzos) de las tierras que recorre. Es en ese punto donde el arte en el viaje se combina con el arte del viaje.

El viaje en el espacio, en cierto sentido, parece la excusa para poder viajar en el tiempo. Los largos itinerarios de 1958, 1960, 1974 y 1977, en los que recorre Europa, e incluso el viaje a Perú de 1959, exhiben ese impulso hacia el pasado que devela, a su vez, nuevas facetas del presente.

Criterios de esta edición

El arte de viajar consta de una importante selección de las crónicas periodísticas de viaje escritas para el diario *La Nación* entre 1935 y 1977 por Manuel Mujica Lainez. Si bien muchas de esas crónicas fueron incluidas por su autor en los dos volúmenes que integran

Placeres y fatigas de los viajes (1983 y 1984), el criterio predominante ha sido incluir aquellas que, por un motivo u otro, Mujica dejó sin incorporar y permanecieron inéditas en libro. La edición de *El arte de viajar* está fundamentada, de hecho, en el cotejo entre la publicación de las crónicas en el diario y su publicación en los libros de 1983 y 1984. Esta investigación en los diarios de la época, por otra parte, no sólo permitió descubrir textos inéditos, sino constatar que muchas de las crónicas de *Placeres y fatigas...* habían sido escritas para *La Nación*, pero no habían sido publicadas por el diario. La presente selección consta, en definitiva, de casi todas las crónicas inéditas en libro y de un conjunto significativo de las crónicas incluidas por Mujica Lainez en su *Placeres y fatigas de los viajes*.

En el Anexo (pp. 357-364) se encuentra una lista completa con las referencias de las crónicas que integran *El arte de viajar*. En el caso de las crónicas inéditas, a continuación del título se indica la fecha de publicación en el diario *La Nación*. En el caso de aquellas incluidas en *Placeres y fatigas de los viajes*, se respeta el retitulado hecho por Mujica Lainez para la ocasión y se deja constancia, siempre que fue posible su localización en el diario, del título original con el que fueron publicadas y la fecha.

El arte de viajar quiere ser, ante todo, una gran excusa: para volver a la narrativa de Mujica Lainez desde un lugar diferente, para encontrarle nuevos sentidos, para ir en busca de lo novedoso y descubrir, también allí, lo que nos es familiar. Mi agradecimiento, por último, al personal de la Hemeroteca del Congreso de la Nación. donde consulté el material periodístico utilizado para esta edición.

)))

El cronista en tiempos turbulentos (1935-1955)

Del primer viaje a Alemania en 1935

El viaje en Zeppelin ejerce la atracción de lo maravilloso

Río de Janeiro. El Graf Zeppelin va a partir. En torno de la nave inmensa agítase una multitud de chicuelos impacientes pronta a iniciar las maniobras que liberarán al dirigible. Los pequeños obreros se afanan. Corren. Bromean. Tiran de los largos cables. Comienzan a

quitar las pesas que cuelgan de la góndola. Para ellos el Graf Zeppelin - cuya sombra delgada fue hace años motivo de supersticiosos pavores - es ahora un monstruo doméstico y familiar, que trabaja, que come, que duerme y que, de tanto en tanto, de acuerdo con un horario establecido, recorta su silueta en el cielo de la bahía. Los curiosos no se cansan de estudiarlo. Uno perora delante de la cabina del comando con aire doctoral. Me llego hasta él en el instante en que suministra a quienes le rodean algunas cifras, leídas en prospectos de la Lufschiff: "El Zeppelin 127 ha recorrido ya más de un millón de kilómetros sobre el océano, sobre África, sobre el polo, sobre los países y las Islas de Oriente. Casi 28.000 personas han viajado en él. Yo no lo he hecho aún, pero espero que con el tiempo..." La gente escucha, distraída... Toda la atención se halla concentrada en el enorme pez plateado que, dentro de diez minutos, se lanzará a nadar por mares de nubes y de estrellas. Una señora fotografía la góndola destinada a los pasajeros. Hay quien se retrata, de pantalones de golf, en una apoteosis de maletas... Nadie fuma... La consigna, repetida en todos los idiomas, es severísima al respecto. El áspero *rauchen verboten* (está prohibido fumar) aparece fijo en el ceño fruncido de los oficiales. Más tarde, cuando los viajeros se hayan instalado en sus camarotes, deberán entregar fósforos y encendedores automáticos al comisario de a bordo. Toda precaución sería poca para evitar que el gas se inflamara, transformando en pocos minutos a aquella maravilla en un montón de hierros humeantes.

Varios pasajeros han llegado ya. Pasean con sus amigos y sus parientes. Se les distingue por cierta vaguísima superioridad distante. Los demás han venido a ver. Ellos serán, durante tres días, señores del dirigible.

Pero la nave se va ya... la nave se va ya... Óyense voces de mando. El capitán von Schiller trepa la escalerilla ágilmente. Como nadie, conoce los secretos sutiles del Gran Zeppelin. Él es quien ha de guiarlo hasta Friedrichshafen. Su cara franca, su sonrisa, sus ojos claros con una claridad de agua, infunden confianza aun a aquellos que antes de embarcarse escrutaban con sospechosa fijeza al dirigible.

Estoy en el salón de los pasajeros. Aquí se almuerza y se come. Aquí se escriben cartas y se estudian mapas. Aquí se juega al ajedrez. Aquí he de relacionarme con mis compañeros de viaje. Por ahora, valijas y bultos lo llenan. Entre ellos, acomodándolos, distribuyéndolos, averiguando a quién pertenecen para trasladarlos a las cabinas, va y viene Herr Kubis. Herr Kubis es un ser extraordinario. Herr Kubis es el último geniecillo del aire que ha quedado rezagado entre los mortales. Es, al mismo tiempo, comisario y *maitre*. A él se le compran el whisky y los sellos de correo. A él se le confían fósforos y máquinas fotográficas. Atiende todas las quejas, responde a todas las preguntas. Sabe cómo deben deslizarse las maletas para que quepan debajo de las camas. Anota la longitud y la latitud en un mapa verde y celeste. Cuando

crucemos la línea del ecuador bautizará a los novicios y les entregará sendos diplomas en nombre de Eolo. También vende fotografías y “recuerdos”, cigarreras (¡ay! cuyo empleo debe postergarse), lápices, alfileres...

En un ángulo cuatro alemanes beben vino del Rin. Brindan con voz sonora. La maniobra no les interesa. Son los *seniors*, los que ya han efectuado el viaje muchas veces. Nosotros, neófitos que en vano pretendemos ocultar nuestra emoción, los miramos con respeto.

Ahora, simplemente, gentilmente, como un nadador avezado, el Graf Zeppelin empieza a ascender. Con la misma gentileza, sin una sacudida ha de depositarnos en Pernanbuco y en Friedrichshafen. En esa absoluta inmovilidad del dirigible radica su fuerza. Los pasajeros olvidan a las pocas horas, que van navegando por el aire. Olvidan que sólo unos metros los separan de un abismo de varios centenares de metros. Van seguros. Ni cuando fui a Europa en el Graf Zeppelin, ni cuando en él volví desde el viejo continente hasta Río, se me ocurrió que pudiera suceder un accidente. Y lo mismo acontece a todos los viajeros. El Zeppelin es una gran ciudad que marcha. Su jefe es el comandante; su intendente, Herr Kubis. Basta, al retirarse a dormir, haber estrechado la mano del primero y haber probado el coñac del segundo, para tener plena conciencia de que nada turbará el sueño de la ciudad móvil.

Y los días se suceden. Un día. Dos días. Tres días. Quien lo solicite puede visitar la nave. El comandante von Schiller o uno de los oficiales lo conducirá entonces desde la cabina del telegrafista hasta las máquinas. Caminará, como yo lo he hecho, por el estrecho puente que se hunde en las sombras del aeróstato. Verá los balones de gas, las habitaciones de la tripulación, esa tripulación de 40 hombres, cuya vida, en lo alto de la nave, pasa inadvertida para los pasajeros. Verá también los depósitos de alimentos y de piezas de repuesto. Se deslizará en un mundo nuevo, desconocido, de cuerdas, de mica, de tela, frágil y recio a un tiempo.

Luego retornará a la monotonía del salón. Porque es de todo punto inútil callar la monotonía de la existencia de a bordo. Al segundo día el tablero de ajedrez no tienta ya... la lectura fatiga... la conversación decae... El paisaje idéntico del mar no consuela a los exigentes. Así será hasta que lleguemos a las costas de África. Allí, el exótico prestigio del continente negro conmueve a los turistas. Uno se siente un poco explorador cuando vuela sobre los fortines, sobre las mezquitas y sobre las caravanas. Y también un poco contrabandista de no sabemos qué, acaso de esa civilización que asoma celosamente en forma de una sombra alargada por arenas y caseríos...

De noche, el sordo gruñir de los motores nos acuna. Quien no puede descansar se pone a la ventana. Y es entonces una locura de estrellas,

un escudriñar de abismos, que va descubriendo con su hondo tajo de luz el reflector del Graf Zeppelin.

“Mañana -he pensado en una noche como ésa- llegaremos a Alemania. Con sólo tres días de distancia habré volado sobre la bahía de Guanabara y sobre el lago de Constanza.” Bajo el cielo tropical la silueta del sabio de Friedrichshafen me ha aparecido en toda su magnitud. El conde Zeppelin hizo el milagro: el doctor Eckener ha hecho del milagro algo estable y simple, ha sujetado el milagro a un horario fijo. El dirigible parece responderme con su runrún inmenso. Yo, a pesar de que es estrictamente *verboten* arrojar objetos por las ventanas, he tirado al mar el cigarrillo que mordisqueo hace una hora. Y he visto asomar a la distancia las primeras claridades del alba.

)))

El viajero de tierras inmemoriales (1955-1977)

Del viaje a Europa en 1958

Madrid, de los visigodos a los abstractos

Madrid, 28 de enero de 1958. En Madrid la Historia lo acecha a uno por todas partes. Se levanta de las casas, de las estatuas. Sorprende en cualquier recodo, al torcer una calleja. Salimos de comer con amigos y, en la oscuridad nocturna que salpican los arcaicos faroles, alguien nos dice, mientras atravesamos una placita: “Allí, en esa torre, estuvo prisionero Francisco I de Francia”. O si no: “Allí vivió Lope de Vega”. O: “En aquel solar murió Cervantes”. O: “Ése es el palacio del cardenal Cisneros”. Y así constantemente, para donde uno mire asciende la Historia, con reyes y prelados, con poetas y bandidos, desde el arco armonioso que Carlos III alzó en la castiza Puerta de Alcalá, hasta las “cuevas” donde se ocultaba Candelas, el forajido célebre. Eso crea una especie de permanente ir y venir en el tiempo, por caminos de centurias, que permite un convivir fugaz con los Reyes Católicos y con los chulos goyescos, con los capitanes de la época del gran duque de Alba y con los poetas románticos del siglo XIX. Tal gimnasia, que obliga al viajero, sin parar, a reordenar su memoria, es sin duda saludable. Cuando se visita los museos -y aquí los hay, es obvio anotarlos, maravillosos- la sensación de que cada uno de nosotros se ha

convertido en un pequeño mago y que dispone de los resortes de la inquietante “Máquina del Tiempo” se aguza e intensifica.

En la Real Armería, las armaduras fastuosas de Carlos V y las de Felipe II -la que pintó Ticiano- son vecinas del escudo de don Juan de Austria y del estandarte de Lepanto. En el Palacio Real infinitos relojes miden, bajo fanales, nuestro avance hacia la sala del trono, con el techo de Tiépolo, por cámaras que cubre una pajarera de porcelana y que hicieron las delicias de las reinas del XVIII. En el Museo Arqueológico la corona de Recesvinto, cuajada de piedras preciosas, suspendida como una lámpara, nos lleva hacia atrás, hacia atrás, hacia los orígenes mismos de la monarquía, y los grandes paños bordados del conde-duque de Olivares, con animales feroces que enmarcan columnas barrocas, hablan de la era en que el sol se aprestaba a ponerse sobre los dominios innúmeros. En el Museo Lázaro Galdiano, unido por muchos recuerdos y lazos familiares estrechos a la Argentina, relampaguean en la planta baja las alhajas, los cristales, los marfiles y los esmaltes de la Edad Media y del Renacimiento, y en la alta nos espera el autorretrato de Berruguete. En el Museo Romántico, ordenado por el marqués de la Vega Inclán, les toca el turno a Larra, “Fígaro”, tan admirado por nuestro “Figarillo” Alberdi, y a las efigies de Antonio María Esquivel -que hace pensar en Prilidiano Pueyrredón- entre las cuales hay un curioso retrato de Juan Prim sobre un caballo de calesita. En el Museo de la Academia de San Fernando los monjes mercedarios de Zurbarán, el pintor más cotizado actualmente en España, el que más buscan los anticuarios, nos rodean con sus hábitos blancos y su serenidad, y Goya está presente en la famosa imagen de la camisa abierta, que pintó de sí mismo, y en los retratos de Moratín y del Príncipe de la Paz, Godoy, a quien se ve engordar en los óleos desde que fascinó a la reina María Luisa, agria esposa de Carlos IV, hasta que se apoderó del reino. A Goya hay que apreciarlo en el Prado, frente al misterio de las majas vestidas y sin vestir. Pero del Prado es mejor no hablar, porque eso exigiría no sólo muchas columnas de este diario sino muchos números enteros -de punta a punta- de *La Nación*. Tuve la suerte de visitarlo guiado por su erudito subdirector, señor Sánchez Cantón, autor de libros perdurables, y mientras lo seguía por una floresta dorada y multicolor de primitivos flamencos, italianos ilustres, Grecos, Velázquez, Goyas y demás, advertí lo que hasta ahora no había captado, y es que el 90% de las obras del Museo del Prado procede de las colecciones privadas de los reyes de España, quienes se distinguieron por un invariable buen gusto. A partir del emperador Carlos V sus sucesores se aplicaron a adquirir pinturas, y no se equivocaron. Piénsese en la audacia de Felipe II al comprar los cuadros de Jerónimo Bosco, que representan el punto de partida del surrealismo, y al proteger al Greco, un extranjero a quien muchos habrán juzgado demente; en Felipe IV, con su familia y sus bufones

pintados por Velázquez; en Carlos II, el hechizado, entregando sin vacilar el horror de su rostro al freudiano Carreño de Miranda; en Carlos IV, a quien no le importó que Goya dejara para la eternidad el drama de su familia, pues consideró que el arte del sordo estaba por encima de tales miserias.

Sí, la Historia lo acecha a uno aquí, implacable. En El Escorial, a cincuenta kilómetros de Madrid, donde he pasado uno de los fríos más intensos de mi vida, a pesar de que afuera la temperatura era relativamente benigna, Felipe II pesa sobre el visitante con más agobio que los inmensos bloques de granito. Se lo adivina doquier, espiándonos, en el Patio de los Reyes, en el Patio de los Evangelistas; en la increíble biblioteca donde los libros están colocados del revés, para defenderlos; frente al Cristo severo y sensual de Benvenuto Cellini; y sobre todo en la enorme basílica. Felipe II anda por los claustros y las galerías, cojeando, y detrás de él va la Historia, la Historia que se asoma a los prodigios del Nuevo Mundo en las vitrinas del Museo de América, presentadas actualmente en el Museo Nacional Arqueológico y que pronto dispondrán de un local propio vastísimo en la ciudad universitaria de Madrid.

La Historia... la Historia... el Tiempo... Felipe III a caballo, en el secuestro arquitectónico de la Plaza Mayor; Felipe IV a caballo, en la Plaza de Oriente, frente al Palacio Real; y otros reyes, muchos reyes, desnarigados, mutilados en el paseo de El Retiro, donde también tiritan, en las avenidas invernales, Campoamor y Bécquer, Galdós y Ramón y Cajal. La Historia... en Madrid hay que luchar contra ella, para que no lo aplaste a uno con sus oros y sus mármoles. Por eso, reverenciando ese estupendo mundo anterior y bañándose en las incitaciones peligrosas de sus climas, es menester, en Madrid, buscar lo más opuesto, y hallar así el equilibrio justo que nos devuelva a nuestra realidad de ahora.

Yo lo he hallado en un grupo de artistas jóvenes y movedizos que, bajo el título de "El Paso", constituyeron en febrero de 1957 una agrupación que aspira a vigorizar el arte contemporáneo español. Son, naturalmente, abstractos. He visto sus obras en el taller del más destacado de ellos, Antonio Saura, un abstracto expresionista muy violento, cuyas pinturas negras, blancas y grises hacen pensar en un choque de armaduras al sol y son, en consecuencia -mal pese a algunos críticos de aquí-, tremendamente españolas. Vi allí también una extraña composición de Millares (el mismo cuya obra fue cortajada por un vándalo resentido en la Exposición Bienal de San Pablo, en Brasil). A sus nombres se agregan los de Canogar, Feito, Francés, Rivera, Serrano y Suárez. En el taller de Saura charlamos sobre la pintura argentina de hoy, que ellos conocen muy bien. Me preguntaron por Tomás Maldonado, por Miguel Ocampo, Sarah Grilo, Fernández Muro, por el grupo "Madi". También por algunos "mayores", como Pettoruti, Del Prete y Batle Planas. Me contaron que en Barcelona, en la Sala

Gaspar -a la cual ellos consideran la única galería importante de España, pero supongo que eso es discutible-, se ha efectuado la primera muestra amplia de Picasso desde 1935. Y ellos quieren llevar más Picassos a su patria. Se enorgullecen de él, como del Greco, como de Goya. Estaban alrededor de mí, encendidos los ojos, mientras las tazas de vino tinto circulaban de mano en mano.

Luego salí al frío, a la lluvia madrileña, a las calles de nombres poéticos -el Rollo, el Nuncio, Curtidores, Cuchilleros, el duque de Medinaceli-, donde me esperaba la Historia, con sus espadas, con sus laureles, con sus sombras y sus luces, y pensé que ellos también, en medio de sus vastos lienzos que cruzan la electricidad de las pinceladas iracundas, son un poco de historia, materia rara y sutil de la Historia, y, como tal, considerables.